

José Enrique Covarrubias

Visión extranjera de México, 1840-1867

*1. El estudio de las costumbres
y de la situación social*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis
Mora

1998

184 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31)

ISBN 968-36-6781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de septiembre de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision_extranjera/345.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

IV. EMMANUEL DOMENECH

Mathieu de Fossey no es el único autor francés que nos dejó una obra relevante por su apreciación de la situación social mexicana. A su nombre es preciso añadir los de sus compatriotas Emmanuel Domenech y Lucien Biart, cuyas obras, aparecidas no mucho después que *Le Mexique*, permiten continuar la consideración crítica del carácter mexicano iniciada por Fossey. El presente capítulo estará dedicado a Domenech, en tanto que en el siguiente mostraré la aportación de Biart. El lector no dejará de notar que estos dos descriptores de la sociedad mexicana, sobre todo Biart, difieren significativamente de Fossey en cuanto a su óptica y conclusiones.

El abate Domenech (1825-1875) no resultará del todo desconocido a quienes están familiarizados con el periodo de la intervención francesa y el segundo imperio en México (1861-1867). Se trata del famoso cura andariego y politizado que fungió como jefe de prensa del emperador Maximiliano, después de haber promovido en forma bastante *sui generis* la empresa intervencionista.¹ Su *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique*, *Le Mexique tel qu'il est*² y la *Histoire du Mexique*³ incluyen puntos de vista muy interesantes sobre el cuadro social de México, al tiempo que permiten continuar el rastreo de las tendencias señaladas por Sartorius y Fossey.

Desde luego, lo más relevante para la reseña presente es la circunstancia de que Domenech no fue un simple viajero sino un residente

¹ Domenech fue misionero en Texas durante dos estancias: la primera entre 1846 y 1850; la segunda, entre 1851 y 1856 o 1857. Luego colaboró un par de años con Maximiliano en el referido cargo de jefe de prensa. Durante las residencias en Texas —sobre todo la segunda— tuvo ocasión de convivir con la población mexicana radicada en Estados Unidos o en zonas limítrofes del norte. Esta experiencia lo motivó a dirigirse al Vaticano a solicitar respaldo para una misión especial de defensa del catolicismo en México, amenazado en su opinión por la influencia estadounidense. Pese a la anuencia del Vaticano, su proyecto no se realizó por falta de apoyo del clero mexicano. Domenech explica todo esto en el prólogo y en la página 421 en adelante de su *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique* (*Diario de un misionero en Texas y en México*), París, Librairie de Gaume Frères, 1857.

² Editado en París por E. Dentu en 1867 y traducido al español como *México tal cual es, la verdad sobre su clima, sus habitantes y su gobierno*, por Salvador Contreras, Querétaro, Imp. de Demetrio Contreras, 1922, que es la edición que utilizaré.

³ Publicada en tres volúmenes en París por A. Lacroix Verboeckhoven et Cie., Editeurs, 1868.

en México por varios años, de lo que resulta una producción amplia y variada sobre el país.⁴

Como Fossey, Domenech está muy interesado en dar cuenta del factor climático, tal como lo indica el propio subtítulo de *México tal cual es*, por lo que su punto de partida también es la constatación montesquiana de que el medio geográfico influye en las inclinaciones de cada pueblo.⁵ Como en el caso de Fossey, su búsqueda del factor climático consistirá en abordar directamente las costumbres y no en dar el marco del medio físico, al estilo de los alemanes. Sin embargo, para presentar las características sociales mexicanas detectadas por el abate debo proceder en sentido contrario al seguido con Fossey. Primero hablaré de los principios de sociabilidad y de la estructuración social que el cura presenta, para posteriormente concentrarme en su definición del carácter mexicano,⁶ secuencia sugerida por la lógica de su propio análisis en *México tal cual es*, su obra más importante desde el punto de vista sociológico.

En una tónica muy similar a la de Montesquieu en *Del espíritu de las leyes*, Domenech se muestra convencido de la existencia de un sentimiento nacional, coincidente a grandes rasgos con el espíritu general de la nación del clásico ilustrado.⁷ Así, el abate nos informa que entre los franceses, sus compatriotas, se nota el predominio del corazón y por tanto de la sentimentalidad como rasgo sobresaliente de la conducta. Los ingleses, en cambio, destacan por la soberanía de su espíritu, de ahí que su comportamiento resulte tan marcadamente racional. Los alemanes, por su parte, se hacen notar por una imaginación muy desenvuelta. ¿Cómo aparecen los mexicanos bajo este enfoque? La afirmación de Domenech es acre: resaltan por su orgullo y su inclinación generalizada al vicio. Esto no es extraño en quien ha experimentado que los mexicanos conceden más importancia a los intereses materiales que a los sentimentales, lo que se nota incluso en el mismo clero.⁸

⁴ Pues además de las obras de aproximación social e histórica mencionadas publicó algunas sobre cuestiones pictográficas. Véase el pasaje dedicado a él en el ya citado *Diccionario Porrúa*, II, p. 1107-1108.

⁵ En *México tal cual es* (p. 107) apunta que “los hombres y sus sentimientos discrepan con los grados de longitud y de latitud y en relación de los países que habitan”.

⁶ Por tener esta búsqueda del carácter nacional como meta última, en el abordaje de Domenech predomina la aproximación sintética.

⁷ Se basa aquí en la idea que le transmite un publicista amigo suyo.

⁸ *Ibid.*, p. 240. El cura menciona en su *Journal* (p. 254) la sorpresa de los feligreses mexicanos ante su vida misionera llena de privaciones. No desterraban la sospecha de que su verdadero motivo era el de conseguir el nombramiento de obispo o alguno otro similar. Actitudes como ésta le infunden desde un comienzo la certeza de que en los mexicanos prepondera la motivación material. En consonancia, Rivero, *Méjico en 1842*, p. 239, sostiene que si algo distingue al mexicano es la inmunidad al idealismo.

La mayor importancia de la motivación material sobre el cultivo del sentimiento⁹ viene a ser una de las características básicas atribuidas por Domenech a la conducta social mexicana. El lector puede pensar que un juicio tan crítico como éste implica asignar a los mexicanos un lugar inferior al de los demás pueblos mencionados. Lo desmentirá el siguiente pasaje, localizado muy al principio de *México tal cual es*, que además muestra el método de análisis sociológico seguido por Domenech: “estos defectos o vicios [de los mexicanos], si se quiere, disminuyen enormemente su importancia cuando se comparan los tipos de cada una de las clases de la sociedad mexicana con sus similares de nuestra vieja Europa.”¹⁰

De suerte que para hacer una atinada evaluación del estado moral de los mexicanos, es decir de su carácter, se necesita hacerla anteceder de un detallado estudio comparativo de la situación de cada clase.¹¹ Y bien, pese a que en ese mismo comienzo de su libro advierte que no hará el análisis minucioso correspondiente, ya que los “hechos”¹² hablarán por sí mismos, la verdad es que en otra parte del escrito¹³ nos ofrece una versión resumida de las características de las diversas clases sociales mexicanas. Éstas son fundamentalmente tres:

- 1) Clase baja: formada por indios, jornaleros, peones, criados, léperos, etcétera. En su generalidad viven en la miseria y no forman un todo estructurado u homogéneo, como sucede con el *peuple* francés, sino un “amontonamiento de carne humana explotada, envilecida, sumisa, ignorante, supersticiosa, inerte e indiferente a todo, excepto a la lujuria, al juego y a la pereza”. Con todo, si se les compara con sus equivalentes europeos, estos individuos no quedan muy atrás, sostiene el cura.
- 2) Clase formada por los comerciantes, propietarios e industriales, además de la burguesía inteligente y trabajadora: viven con desahogo de su trabajo y por medios más o menos honestos.
- 3) La clase de los terratenientes, generales, empleados de gobierno, prefectos, gobernantes, ministros, etcétera, es decir la gente que vive de lo que Domenech denomina “la triquiñuela

⁹ Obviamente se refiere al sentimiento en cuanto a afecto o emoción refinada, no al sentimiento social en el sentido de principio de sociabilidad.

¹⁰ P. 4.

¹¹ Coincide, pues, con uno de los métodos seguidos por Fossey.

¹² Se refiere fundamentalmente a los que explican el mal resultado de la intervención francesa en México hasta el momento de escribir (1866). Domenech quiere demostrar la importancia que cabe atribuir a la defectuosa situación social de México en ese resultado.

¹³ Domenech, *México tal cual es*, p. 88-94.

gubernativa”. Estos mexicanos se caracterizan por aprovechar indefectiblemente las revoluciones para garantizar su medro personal o especular con su posición para conseguir el enriquecimiento.

Domenech registra un cuarto grupo social que no llega a ser clase, compuesto por una aristocracia honorable pero muy reducida: la de los criollos¹⁴ dedicados a las actividades científicas y artísticas. Se trata de la inteligencia del país, formada por quienes, en opinión del abate, con más justicia merecerían el calificativo de patriotas. En su evaluación de las clases mexicanas frente a las europeas, este estrato le arranca más elogios que el correspondiente de ultramar. Se trata de personas formadas con mucho menos facilidades intelectuales que los sabios de Europa, lo que confiere más nobleza a su vocación de estudio. El contraste con los sabios del Viejo Mundo venidos a México durante la intervención también es fuerte, ya que éstos han solido presentarse como expertos en asuntos de México sin serlo realmente, además de que algunos han saqueado impunemente las bibliotecas.¹⁵ Los eruditos mexicanos son, en cambio, gente muy honorable.

Como se ve, el abate propone una clasificación de habitantes en la que conjuga el *status* social con la calidad moral y la actividad laboral. Dicha catalogación se alterna en su libro con otra, la triple habitual (criollos, mestizos e indios), sometida también a la valoración moral. Lo que Domenech más resalta de los criollos, como veíamos, es su condición de clase cultivada y refinada, capaz de desempeñar la labor intelectual requerida por el país. De ella procede a fin de cuentas lo mejor que hay en México. Con seguridad es también a los criollos a los que se refiere este sacerdote cuando habla de una alta sociedad local que nada tiene que envidiar a la europea, sin ignorar que en México, como en el Viejo Mundo, se perfila una supuesta aristocracia intelectual y financiera verdaderamente grosera, formada por gente advenediza y carente del buen tono.¹⁶ En cuanto a los mestizos, éstos le parecen envidiosos, vengativos, avaros y muy inclinados a la poltronería, particularmente los léperos. Los indios, finalmente, forman el único grupo de clase baja

¹⁴ A éstos, por cierto, los define como mezcla de raza indígena con europea.

¹⁵ Domenech, *México tal cual es*, p. 94-95. En lo del saqueo de bibliotecas se refiere a un amigo suyo, miembro de la Comisión Científica organizada por los franceses. También podría haber mencionado al famoso padre Fischer, de quien se sabe que se hizo de una gran colección de libros durante su estancia en México.

¹⁶ *Ibid.*, p. 93-94. Como se recordará, el gobierno de Napoleón III en Francia significó la vía de ascenso de muchos oportunistas, en tanto que en México existían los ávidos agiotistas y los aspirantes políticos de corte revolucionario a que ya se ha aludido con anterioridad.

que muestra algo de energía y hombría de bien, sin ser tan vicioso como la generalidad de los mexicanos.¹⁷

Presentado el doble análisis por grupos del abate, veamos los principios o sentimientos de sociabilidad detectados por éste, que son definitivamente muy apreciables:

El pueblo mexicano es bueno, respetuoso y sumiso. Los grandes no molestan a los menores en las relaciones triviales de la vida; unos y otros se ven casi en punto de perfecta igualdad. Los sentimientos de familia se profesan religiosamente. En todas partes se anhela la tranquilidad con un trabajo libre y desahogado. Con tan preciosos elementos, México se constituiría en una nación feliz y civilizada, si no fuera por la inestabilidad de los poderes, que ha causado en la nación heridas profundas aunque no incurables.¹⁸

La facilidad y amabilidad de trato entre las personas, incluso las de distinta condición social, caracteriza a la sociabilidad mexicana. Domenech constata ese anhelo general de bienestar del que Mühlenpfordt también había dejado constancia. Sin embargo, la comprensión del rasgo es distinta en cada autor; pues el alemán lo veía como resultado de la libre aceptación de las clases trabajadoras de su situación social a cambio de la igualdad legal y política, en tanto que el francés lo atribuye a un profundo sentido de la igualdad moral. Es la “triquiñuela gubernativa”, según Domenech, la que ha acarreado la dañina politización de las distintas esferas de la vida social mexicana y junto con ella el encono generalizado. La triquiñuela gubernativa ha venido a enturbiar las sanas formas de sociabilidad originales. De esta manera, para el cura la perversión de costumbres que puede advertirse en México proviene de las clases propietarias y beneficiadas con altos cargos, no de las clases bajas, como sugería Fossey según el ejemplo del ejército. Son los burócratas, militares y políticos, siempre dispuestos a hacerse del poder y de la riqueza a como dé lugar, quienes transmiten la inmoralidad a una entidad social provista originalmente de elementos sanos y muy constructivos.

La inmoralidad pública crónica ha llevado, pues, a que el estado de costumbres deje mucho qué desear. La sobrepolitización de la sociedad y la corrupción emanada desde las cúpulas del poder han prevalecido como las tendencias sociales más avasallantes en los últimos tiempos,

¹⁷ *Ibid.*, p. 91. Como se sabe, uno de los lemas de Maximiliano como gobernante de México fue el mejoramiento de la situación de los indios. Domenech, como partidario del imperio, ve con simpatía a este sector social.

¹⁸ *Ibid.*, p. 152.

sin que pueda ocultarse su carácter patológico. A lo largo del libro el abate deja ver que los mexicanos padecen una acusada inmadurez moral que adormece su impulso a salir de la postración. Menos positivista que Fossey, Domenech no cree en ningún avance civilizatorio que esté teniendo lugar indefectiblemente entre los mexicanos. Pero de cualquier manera, la inmadurez mexicana le muestra al cura tanto caras favorables como desfavorables. Atender a estas caras nos permitirá precisar con mayor detalle el grado de patología de la situación social detectada por él.

Entre las caras desfavorables está la del obsesivo deseo de hacerse valer del mexicano, sobre todo frente al extranjero, de quien minimiza la ayuda que pueda brindarle al país. Tal complejo se agudiza si se trata de europeos dotados de conocimientos, experiencia y diligencia.¹⁹ Pero a Domenech también le impresiona mucho el poco sentido de humildad y caridad de los mexicanos, lo que repercute en su situación social: no por proclamarse muy católicos saben practicar tales virtudes, básicas en esa confesión.²⁰ Algo similar nota el cura en relación con las instituciones hospitalarias y de beneficencia, que no abundan precisamente en México, circunstancia que corrobora su idea de los mexicanos como gente muy proclive al goce material y carente de perspectivas de vida nobles.²¹ Domenech no sitúa tanto las deficiencias de la religiosidad mexicana en la incompreensión de la doctrina, aunque ésta es un hecho, como en la ausencia de fe genuina.²² En tales circunstancias, el catolicismo mexicano no puede actuar como verdadero vínculo social.²³

La cara favorable de la inmadurez moral mexicana se relaciona con el ya mencionado sentido de igualdad que permea toda la sociabilidad y permite la convivencia fácil, armoniosa, aun entre individuos de extracción diferente. Ya habíamos leído algo de ello en páginas anteriores. El siguiente pasaje, relativo a la familiaridad entre los patronos y los criados, permite profundizar en el rasgo:

¿Es acaso una reminiscencia de la vida patriarcal? Lo dudo, ¡hace tanto tiempo que los patriarcas dejaron de existir!²⁴ ¿O es cierto instinto

¹⁹ *Ibid.*, p. 237. Actitud también notada por Friedrich Ratzel en su ya citado libro *Aus Mexico*, p. 388. Como es sabido, ya en el siglo xx el filósofo y psicólogo Samuel Ramos profundizaría en este complejo de inferioridad del mexicano.

²⁰ Domenech, *México tal cual es*, p. 116.

²¹ Niceto de Zamacois intentará refutar frontalmente esta afirmación de Domenech, como se mostrará en el capítulo vi de este libro.

²² Domenech, *México tal cual es*, p. 116: "la fe mexicana es una fe muerta".

²³ *Ibid.*, p. 256-257.

²⁴ El paralelo entre las hospitalarias costumbres mexicanas y las de la época patriarcal había sido ya propuesto, entre otros, por Sartorius y Fossey.

de igualdad moral? Es muy posible. Entre el amo y el criado, entre el ama y su fámula muchas veces no hay otra distancia que unos puñados de oro. Entre las señoras ricas y sus criadas sólo hay la diferencia de que el ama toca el piano sin compás y canta desentonadamente, en tanto que la doméstica no canta, pero trabaja algo más que su señora.²⁵

También en Estados Unidos, por cierto, le había saltado a la vista el caso de los peones blancos que en un momento dado, por su mala situación económica, acceden a entrar al servicio de un “amo” de su mismo color.²⁶ De esta esclavitud inoficial surge una camaradería insólita entre ambos contratantes, manifiesta en el hecho de que el “amo” suele asistir al “esclavo” en todas sus necesidades elementales, invitarlo a comer consigo y pagarle incluso a veces un salario. Tanto en Estados Unidos como en México se altera, pues, el sentido de la jerarquía social. Así, si Domenech tuviera que hablar de la “democracia en América”, no se limitaría a la estadounidense, como sucedía con autores europeos previos a él: México también ostenta ejemplos significativos de una igualación moral arraigada.²⁷

El interés de Domenech por el estado moral mexicano, trasfondo de la situación social, se revela ya en su diario de misionero en la zona fronteriza mexicano-norteamericana. En dicho texto nos dice que el mexicano se distingue por la voluptuosidad, si bien ésta no se origina en una depravación de costumbres sino en una llana ignorancia y flojera;²⁸ también la mansedumbre a toda prueba —si no es que indiferencia— ante la continua violencia de los angloamericanos figura entre sus rasgos característicos. La primera percepción de Domenech de las peculiaridades mexicanas ocurre en un esquema de interacción con los estadounidenses.

En *México tal cual es*, Domenech casi ha dejado enteramente de lado ese método comparativo entre la sociedad mexicana y la estadounidense, para establecer en todo caso algunos contrastes entre mexicanos y

²⁵ Domenech, *México tal cual es*, p. 95.

²⁶ Domenech, *Journal*, p. 360.

²⁷ De hecho, Domenech trasluce una certeza de que en México hay un instinto democrático más profundo que el de Estados Unidos, donde el pregonado gusto por la igualdad se ve desmentido por el impulso de todos a distinguirse de la masa. En su opinión, el sobrio sentido de la ciudadanía estadounidense asumido por escritores e historiadores europeos sencillamente no existe, pues el angloamericano se presenta siempre como capitán, mayor, coronel, general, *squire*, doctor, etcétera, antes que como un mero ciudadano (*ibid.*, p. 285). Al hablar de los mexicanos nunca menciona un afán comparable de distinción social.

²⁸ *Ibid.*, p. 292.

franceses. De lamentar es que este autor no haya perseverado en ese esquema de interacción con el vecino país del norte, lo que le hubiera llevado a profundizar en algunas reflexiones previas. Como compensación se nota ahora una cierto afinamiento psicológico orientado a penetrar en las patologías sociales mexicanas. Ya mencioné su percepción de lo que al paso del tiempo se vendría a conocer como el complejo de inferioridad del mexicano.²⁹ También es importante su constatación de la eterna tendencia mexicana a justificar los propios defectos invocando el carácter universal de las debilidades humanas. El juez mexicano acepta sobornos sobre la base de que él no es el único que se conduce de tal manera.³⁰ Se trata del sentido mexicano de la igualdad moral, aunque ahora en una modalidad muy cuestionable. En el contexto patológico que se ha impuesto en México el cinismo se convierte en el nuevo principio de sociabilidad, al grado de que la práctica del robo se ve como algo natural por todas las clases sociales.³¹

Parece admisible concluir, por tanto, que al ya señalado análisis por clases de Domenech se une una aproximación psicosocial realmente interesante. Como comentarista crítico de la realidad social mexicana, el abate nos ofrece un cuadro de patologías que de ninguna manera se podrían considerar del todo superadas en el momento actual. Sí es de lamentar, en cualquier caso, que el cura haya preferido a veces el vituperio fácil o la denigración en lugar de ahondar con más objetividad en la problemática psicológica mencionada.

La sociedad mexicana presentada por Domenech se encuentra así en un creciente proceso de descomposición. No sin una cierta ironía señala este autor que, pese a su materialismo característico, la decadencia de los mexicanos se registra ante todo en lo económico. El comercio está paralizado, la industria también, y los mecanismos de crédito y financiamiento se han ido a la ruina por las desamortizaciones liberales del periodo de Juárez.³² ¿Por qué es precisamente en la esfera económica, que los mexicanos tanto se afanan por mantener a flote, donde más

²⁹ Sobre esto, Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951, p. 52.

³⁰ Domenech, *México tal cual es*, p. 109. Rasgo patológico también estudiado ya por psicólogos sociales como Francisco González Pineda en *El mexicano. Psicología de su destructividad*, México, Editorial Pax-México/Librería Carlos Césarman, 1982, p. 95. González Pineda relaciona la conciencia de culpa con la tendencia a la agresión entre los mexicanos y concluye que "el consenso unánime de agresores y agredidos es que todos son culpables [...] el equilibrio de agresiones y contragresiones queda establecido en el nivel de la culpabilidad general".

³¹ Domenech, *México tal cual es*, p. 99-107, incluye numerosos ejemplos sobre el generalizado hábito del robo en México.

³² Respecto del crédito ofrece un dato interesante, atestiguado por él mismo. Durante la guerra de intervención los coroneles del ejército regular establecieron auténticos montepíos para otorgar préstamos en sus guarniciones, con réditos del 12 % mensual.

patente se muestra su decadencia? El razonamiento último de Domenech es teológico y su relevancia para nuestros fines reside en las nociones sociológicas que sustenta. Se trata de un providencialismo histórico muy interesante, poco frecuente dentro de las muchas variantes decimonónicas de esa orientación explicativa.

En su *Histoire du Mexique*, Domenech sostiene que ninguna sociedad puede pasársela sin normarse por el principio de autoridad.³³ Tres tipos de autoridad son fundamentales para el orden social: 1) la moral, encarnada idóneamente en el jefe de familia; 2) la religiosa, corporizada por el jefe de la Iglesia; y 3) la política, representada por el depositario del poder. Sin tales autoridades o principios la colectividad humana se reduce a una simple aglomeración de individuos. Despreciar estas autoridades produce siempre un castigo a la sociedad, y lo sucedido en México demuestra óptimamente la verdad de este aserto. Así, por mucho que los mexicanos hayan tratado una y otra vez de satisfacer su tendencia básica a las comodidades materiales, por ley providencial estaba decidido que tal satisfacción no habría de conseguirse. De esto, por cierto, no queda exceptuado el propio clero, que nunca gozó de las simpatías del cura francés.³⁴ Las catástrofes políticas y sociales de México en los últimos veinte años derivan de la falta señalada, que Domenech entiende implícitamente como un pecado.

Sería erróneo, sin embargo, suponer que el abate considera suprimible la prioridad concedida por las sociedades americanas al bienestar material. De hecho no parece desearlo. Lo que subraya en el caso mexicano es la imposibilidad de todo bienestar (físico y moral) mientras no se inculquen los principios de la autoridad, que era justamente uno de los objetivos de la intervención monárquica en México. Si este autor hubiera vivido para escribir la historia del porfiriato y de los regímenes posrevolucionarios, sin duda habría recalcado la consolidación de la autoridad presidencial como el esperado factor de estabilidad política, con particular énfasis en el contraste que esto representaba frente a las décadas previas.

Como en los capítulos anteriores, quiero mencionar lo que me parece el principal aporte de Domenech a la historia social mexicana del siglo XIX. La presente reivindicación de la obra de Domenech puede haber sorprendido a algunos lectores, dada su conocida dureza para con los

³³ *Histoire*, III, p. 447-448.

³⁴ En repetidas ocasiones alude Domenech al relajamiento sexual del clero mexicano, así como a su gusto por el bienestar y el poder.

mexicanos y su participación abierta en el ensayo monárquico de Maximiliano. Preciso es señalar que esta reseña de visiones sociológicas no se guía por el sentimiento patriótico ni por los postulados de la llamada historia oficial. Lo que ante todo interesa aquí es la agudeza de observación social de los autores y su contribución a una mejor comprensión del siglo XIX mexicano. El diario misional escrito por Domenech en Texas permite ya notar la existencia de una curiosidad sociológica neta, previa al *engagement* político de su autor, lo que lo exime de ser considerado como un simple propagandista de la intervención. La propaganda existe, eso no lo niego; pero también es claro que junto con ella late un claro interés sociológico. Por lo demás, no olvidemos que autores consagrados como Montesquieu, Tocqueville y Marx combinaron el estudio social con la toma de posiciones políticas, sin que las últimas invaliden en forma alguna la objetividad de algunas de sus apreciaciones sociales.

Y bien, he mencionado la agudeza psicológica de Domenech, quien se muestra capaz de ver ya algunos rasgos psicopatológicos que se gestaban en el siglo XIX. Desde el punto de vista de la historia social encuentro importante esa percepción suya de un grupo —o “clase”— de mexicanos interesados en el mejor conocimiento de la historia y las riquezas de su país. A lo que alude la observación de Domenech es a la profesionalización de la actividad artística e intelectual en México, y por eso habla de ellos como una clase. El ejemplo más notable al que se debe de referir es el del grupo de historiadores, científicos y artistas involucrado en empresas como la elaboración del *Diccionario universal de historia y geografía* (México, 1853), miembros de una generación ya distinta de la de los sabios de la primera mitad del siglo (Alamán, Mora, el conde de la Cortina, Bustamante, etcétera). Hombres como Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero, Francisco Pimentel, Antonio García Cubas y otros emprendieron la urgente tarea de promover la unión y conciencia nacionales mediante el conocimiento, más allá de las luchas facciosas. Domenech reconoce la importancia del hecho en toda su dimensión.

Otro aspecto de historia social bien percibido por el abate es el relativo a la debilidad de la organización de la beneficencia en México, que ciertamente había ido decayendo desde los primeros años de la independencia. La ya citada afirmación de Sartorius en el sentido de que la tradición de nombrar padrinos de bautismo compensaba la falta de instituciones de beneficencia no constituye una explicación satisfactoria del hecho. Sabemos bien que las diversas fundaciones piadosas y hospitalarias heredadas de la colonia fueron deteriorándose a lo largo de la centuria, y de hecho no es casualidad que entre los planes “rege-

neradores” de Maximiliano estuviera el de revitalizar en México el espíritu caritativo.³⁵ En el apartado dedicado a Mühlentpfordt mencioné ya la idea de Ortiz de Ayala de que en la capital era necesaria una beneficencia destinada a las jóvenes deshonradas; Richthofen corrobora por su parte la decadencia de las instituciones de beneficencia a nivel municipal.³⁶

¿Podría decirse que Domenech ha constatado en México la verdad de algún postulado sociológico comparable al de la organicidad social de Sartorius o al de la prioridad del trabajo útil de Fossey? En mi opinión, la gran lección de las vivencias mexicanas del cura va en el sentido de que las sociedades modernas tienden indefectiblemente a la inercia y la autocomplacencia.³⁷ La sociedad mexicana ha mostrado una impotencia notoria de salir de sus propios vicios y responder a sus retos. La propia Europa le parece dominada por la rutina y la incapacidad de emprender nuevos experimentos, sobre todo en lo económico. Un poco después, al finalizar el tercer volumen de su *Histoire du Mexique* y cerrar la reflexión política y social sobre México, Domenech vislumbra por fin el nuevo reto que sacudirá a las sociedades europeas y americanas, sacándolas de su letargo: la industrialización masiva con miras al imperialismo y al afianzamiento de las zonas de influencia. Nuevamente habla el abate en términos de necesidad sociológica, que formula más o menos de la siguiente manera: la rutina y la autocomplacencia están vedadas a las sociedades si éstas quieren cumplir su vocación nacional. El sacerdote recuerda a Francia que su misión es precisamente la de impedir el engrandecimiento de Estados Unidos a costa de Hispanoamérica, lo que tendrá que hacer ahora en un contexto mundial de industrialización masiva.³⁸ No es momento de pronunciarse sobre la verdad o falsedad de estas afirmaciones. Lo que sí me parece justificado decir es que pocas veces se ha formulado tan claramente la vertiente misional del nacionalismo francés como en los escritos de este cura en torno a México.

³⁵ Siempre que llegaba a una población en sus giras, el emperador solía dirigirse casi de inmediato a los hospitales, los hospicios, la cárcel, etcétera.

³⁶ Richthofen, *Die äusseren und inneren Zustände der Republik Mexico*, p. 145-147, subraya el efecto destructivo de la mala administración municipal en las instituciones hospitalarias del país.

³⁷ Véase Domenech, *México tal cual es*, p. 227.

³⁸ Para México propone un *status* de neutralidad parecido al de Suiza y Bélgica en Europa, que sea garantizado mediante una convención entre Estados Unidos y las potencias europeas. Domenech, *Histoire du Mexique*, III, p. 453.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS